Dino Campana

La noche

Traducción de Ulalume González de León

Hace tres años debimos celebrar el centenario de Dino Campana, un poeta cuya aventura vital, marcada por la mania di vagabondaggio *y casi siempre empañada en su país por la imagen malamente literaria de un Rimbaud italiano, lo condujo por los más diversos oficios y varias veces a la cárcel y el manicomio —murió en 1932 en el hospital psiquiátrico de Castel Pulci, en donde estaba desde 1918— pero también a crear una de las obras más profundamente deleitables de la literatura italiana de nuestro siglo. Una obra que encarnó en su momento una actitud opuesta a la retórica del futurismo y que, si entonces pudo ser vista como decadente, resulta hoy premonitoria de ciertas* maneras *de nuestros días. El relato que ahora publicamos quizá anuncie un próximo renacimiento de Campana: se trata de un tipo de prosa que parece despertar de nuevo el gusto de los lectores y las preocupaciones de algunos escritores.*

Unos cuantos de los poemas de Campana —quien nos dejó dos libros: Canti Orfici *y* Quaderno, *a los que debemos agregar los* Inediti *publicados en 1942— han sido traducidos al español por Manuel Durán y, más recientemente aunque con menos fortuna, por Guillermo Fernández.*

Recuerdo una vieja ciudad de rojas murallas y guarnecida de torres, quemante en la llanura inmensa bajo un tórrido agosto, recortada sobre el lejano refrigerio de colinas blandas y verdes. Arcos de puente, enormemente vacíos, sobre el río empantanado en magros rebalses plúmbeos: siluetas negras de gitanos, móviles y mudas en la ribera: en el lejano deslumbramiento de un cañaveral, lejanas formas desnudas de adolescentes y el perfil y la barba judaicos de un viejo: y de improviso, en medio de las aguas muertas, las gitanas y un canto: nenias primordiales, monótonas e irritantes en las áfona marisma: y quedó suspendido el curso del tiempo.

Inconscientemente alcé la mirada hacia la torre bárbara que dominaba la larguísima avenida de los plátanos: sobre el silencio, intenso ahora, revivía su mito remoto y salvaje mientras otro mito, convocado por remotas visiones, por sensaciones oscuras y violentas, místico y salvaje también, volvía a intervalos a mi pensamiento. Allá abajo habían arrastrado blandamente sus largos vestidos las meretrices, las de antaño, hacia el vago esplendor de la puerta: la campiña se aletargaba entonces en una red de canales: muchachas de ágil porte y perfiles de medalla desaparecían momentáneamente al torcer, en sus carretas, por los verdes recodos. Un tañido de campana, dulce y argentino en la distancia: el Anochecer: en la capilla solitaria, a la sombra de modestas naves, la abrazaba: a Ella, la de rosada carne y ardientes ojos evasivos: se funden años y más años y más años en la dulzura triunfal de los recuerdos.

Inconscientemente, el que algún día fui se veía arrastrado hacia la torre bárbara, la mítica custodia de los sueños de la adolescencia. Subía hacia el silencio de callejuelas antiquísimas flanqueando muros de iglesias y conventos: era inaudible el ruido de sus pasos. Una placita desierta, habitáculos en ruinas, mudas ventanas: a un lado, en un relámpago, enorme, la torre de ocho agujas, impenetrable y roja y árida. Una fuente del siglo dieciséis, que la sequía acallaba, rajada la losa a la mitad de su inscripción latina. Un camino de grava, desierto, que se extendía hasta la ciudad.

Se estremeció al oír que abrían una puerta. Ancianos de formas angulosas, huesudas y tácitas, se amontonaban empujándose con los puntiagudos codos, terribles en la intensa claridad. Ante la figura barbada de un monje, asomado al vano de una puerta, se detenían en reverencias temblorosas y serviles; reanudaban después su marcha murmurando, volviendo a erguirse poco a poco, cada cual arrastrando su sombra a lo largo de muros rojizos y desconchados, y semejantes todos a sombras. Tras ellos, cerrando el cortejo, se balanceaba una mujer de risa inconsciente.

Arrastraban sus sombras a lo largo de muros rojizos y desconchados, y él los seguía como un autómata. Dirigió a la mujer una palabra que cayó en el silencio del mediodía: uno de los viejos se volvió a mirarlo con mirada absurda, brillante y hueca. La mujer seguía sonriendo en aquella luz de catástrofe.

Nunca supe cómo, bordeando adormecidos canales, descubrí a mi sombra que se burlaba de mí desde el

fondo del agua. Me acompañó por los caminos fétidos donde en pleno calor cantaban las mujeres. Al final de los campos la atrajo una puerta desgastada por los golpes que una mujer joven, pálida y gorda custodiaba: entré por ella. Una antigua y opulenta matrona de perfil ovejuno y negros cabellos suavemente recogidos en torno a la cabeza escultural bárbaramente decorada por ojos líquidos como negras gemas de un labrado extraño estaba allí sentada, agitada por gracias infantiles que renacían con la esperanza mientras iba sacando, de un mazo de barajas alargadas y grasientas, peculiares teorías acerca de reinas languidecientes reyes pajes armas y caballeros. Saludé y una voz conventual, profunda y melodramática, me respondió uniéndose a una fruncida sonrisa. Distinguí en la penumbra a la doncella que dormía con la boca entreabierta y la ronca respiración del sueño pesado, semidesnudo el ambarino cuerpo hermoso y flexible. Me senté sin ruido.

La larga teoría de sus amores se desgranaba monótona en mi oído. Antiguos retratos de familia yacían desparramados sobre la mesa mugrienta. La flexible silueta femenina de piel color ámbar, tendida sobre el lecho, escuchaba con curiosidad apoyándose en sus codos como una Esfinge: afuera los huertos verdísimos entre muros almagre: sólo nosotros tres en el silencio meridiano.

Entrado ya el crepúsculo envolvía en sus oros el lugar conmovido por los recuerdos y parecía consagrarlo. La voz de la Alcahueta se había vuelto poco a poco más dulce y su cabeza de sacerdotista oriental se complacía en adoptar poses lánguidas. La magia del atardecer, lánguida amiga del criminal, pervertía nuestras almas oscuras y su fasto parecía prometer un reino misterioso. La sacerdotisa de los placeres estériles, la doncella ingenua y ávida y el poeta se contemplaban mutuamente, almas infecundas absortas en la inconsciente búsqueda del problema de sus existencias. Pero descendía el atardecer, dorado mensaje de los frescos calosfríos de la noche.

Vino la noche y fue consumada la conquista de la doncella. Su cuerpo ambarino su boca voraz sus hirsutos cabellos negros la revelación intermitente de sus ojos aterrados por la voluptuosidad urdieron una fantástica aventura. Más dulce, mientras tanto, ya a punto de apagarse seguía reinando en lontananza el recuerdo de Ella, la matrona persuasiva, sostenidamente reina en su línea clásica junto a sus grandes hermanas del recuerdo: Miguel Angel había doblado ya sobre sus rodillas fatigadas del camino a aquella que se dobla, que se dobla pero no cede, reina bárbara bajo el peso de todos los sueños humanos; Dante había oído apagarse la desesperación visible en las poses arcanas y violentas de las atropelladas reinas bárbaras en el grito de Francesca, allá, a la orilla de los ríos que cansados de la guerra dan al fin con su desembocadura cuando vuelve a crearse en sus orillas la eterna pena de amor. Y la doncella, la ingenua Magdalena de ojos brillantes y cabellos hirsutos imploraba desde cada sobresalto de su cuerpo estéril y dorado, de salvaje crudeza, dulcemente recogido en la humildad de su misterio. La larga noche plena del engaño de las múltiples imágenes.

Se asomaban por las rejas de plata las antiguas imágenes de las primeras aventuras, suavizadas por una vida de amor, y otra vez me protegía el hechizo de sus oscuras sonrisas tiernas. Se abrían salas clausuradas donde la luz de siempre ahonda al infinito en los espejos; las imágenes aventuradas de las cortesanas surgían en el resplandor de los cristales, más pálidas en sus actitudes de esfinge; y todo aquello que era dulce y árido, ya marchitas las rosas de la juventud, otra vez regresaba y revivía en el paisaje esquelético del mundo. En el aroma pírico de la noche de feria y los últimos clamores que llenaban el aire, veía perfilarse a las remotísimas muchachas de la primera ilusión: en medio de los puentes, tendidos en la tórrida noche de verano entre ciudad y suburbios, se volvían de tres cuartos y escuchaban el estruendo suburbano: se acentúa anunciando a las lenguas de fuego de las lámparas inquietas que taladran la atmósfera cargada de luces orgiásticas: ahora atenuadas: rosadas y dulces en el cielo ya muerto, aligeradas por un velo: como Santa Marta, los instrumentos destrozados a sus pies, ya extinguido en los paisajes siempre verdes el canto que el coro de Santa Cecilia entona en armonía con el cielo latino, dulce y rosada contra el antiguo crepúsculo, en la misma línea heroica de las figuras femeninas romanas, altas e inmóviles. Recuerdos de gitanas, recuerdos de amores lejanos, recuerdos de sueños y luces: fatigas de amor, súbitas fatigas en el lecho de lejanas osterías, otra cuna rica en aventuras, incertidumbre y añoranza: así todo aquello que dulce y árido, ya marchitas las rosas de la juventud, surgía en el paisaje esquelético del mundo.

En la noche de fuegos de la fiesta de verano, en la luz blanca y deliciosa, cuando nuestros oídos descansaban apenas en el silencio y estaban fatigados nuestros ojos de las centelleantes girándulas, de las estrellas multicolores cuyo olor a quemado persistía como una vaga y roja pesadumbre en el aire, y cuando el paseo compartido nos había infundido al extenuarnos una inédita belleza exaltada, ella, fina y morena, puros el rostro y los ojos, apagado el fulgor del collar en su cuello, caminaba apretando torpemente el abanico. Se sintió atraída por la barraca: su vestido blanco en que delgados calados mostraban el forro azul ondulaba en la difusa claridad, y no apartaba yo los ojos de su palidez, acentuada en las frente por el flequillo nocturno de su pelo. Entramos. Morenos rostros de autócratas, serenos de juventud y de fiesta, se volvieron hacia nosotros profundamente límpidos bajo la luz. Contemplamos los paisajes. Todo era allí de una irrealidad espectral. Había esqueléticos panoramas de ciudades. Estrambóticos muertos miraban hacia el cielo en posturas leñosas. Una odalisca de caucho respiraba quedamente y revolvía sus ojos de ídolo. Y el olor acre del aserrín que afelpaba los pasos, y el susurro de las señoritas azoradas ante aquel

misterio. "¿París es así? Allí está Londres. La batalla de Mukden". Mirábamos todo a nuestro alrededor: ya debía de ser tarde. Todas aquellas cosas percibidas por los ojos magnéticos de las lentes en una luz de sueño. Inmóvil a mi lado, la sentía alejarse, volverse una extraña, mientras su hechizo se ahondaba bajo el nocturno flequillo. Se movió y sentí, con un dejo de amargura pronto consolada, que nunca volvería a estar al lado de ella. La seguí entonces como se sigue un sueño que por vano nos fascina: tras el estrépito de la fiesta, extraños el uno para el otro de improviso, alejados ante el paisaje esquelético del mundo.

Estaba yo a la sombra de los pórticos, salpicada de gotas y más gotas de una luz color sanguina en la bruma de una noche de diciembre. De pronto, con lujo de luz, se abrió una puerta. Al fondo, en primer plano sobre el lujo de una otomana roja, posaba el codo que sostenía su cabeza una matrona de vivaces ojos negros y enormes mamas: junto a ella una adolescente de rodillas, fina, color ámbar, con los cabellos recortados sobre la frente, la gracia de la juventud y un vestido deslumbrante al que asomaban sus piernas lisas y desnudas: y en lo alto, sobre la matrona pensativa de jóvenes ojos, una cortina, una cortina blanca de encaje, una cortina que parecía agitar imágenes en lo alto, imágenes cándidas sobre la pensativa de jóvenes ojos. Arrojándome hacia la claridad desde la sombra de los pórticos salpicada por gotas y más gotas de luz color sanguina miré fijamente, sobrecogido, atónito, la escena que en su gracia simbólica llamaba a la aventura. Ya era tarde, nos quedamos solos, nació entre nosotros la más libre intimidad, y me habló la matrona de jóvenes ojos acodada ante la cortina de encaje. Su vida era un largo pecado: la lujuria. Una lujuria todavía llena de insaciada curiosidad para ella. "La hembra lo picoteaba con sus besos del lado derecho: ¿por qué del lado derecho? Después, el palomo se le posaba encima, inmóvil: diez minutos: ¿por qué?" Las preguntas se quedaban sin respuestas y ella, movida entonces por la nostalgia, recordaba recordaba largamente el pasado. Luego la conversación languideció, y callada la voz el misterio de la voluptuosidad envolvió a la mujer que había vuelto a evocarlo. Conmovido, llenos de lágrimas los ojos frente a la cortina blanca de encaje me entregaba me entregaba de nuevo a blancas fantasías. Todo callaba a mi alrededor. La alcahueta se había esfumado. Es cierto que la sentí cuando pasaba rozándome, con roce tácito, doloroso. Ante la ajada cortina de encaje la adolescente seguía apoyada en sus rodillas de ámbar, dobladas con gracia de marica.

Fausto era joven y hermoso, tenía los cabellos rizados. Las boloñesas se parecían entonces a las medallas de Siracusa, y el corte de sus ojos era tan perfecto que les gustaba permanecer inmóviles para crear un armonioso contraste con sus largos bucles oscuros. Era fácil encontrarlas por las noches en las calle sombrías (en aquellos tiempos la luna iluminada la ciudad) y Fausto alzaba los ojos hacia las chimeneas de los tejados que a la luz de la luna parecían signos de



interrogación, y se inmovilizaba pensativo mientras el rumor de los pasos femeninos se perdía a lo lejos. A veces, desde la vieja taberna donde se reunían los estudiantes —entre las plácidas conversaciones del invierno boloñés, frío y brumoso como el suyo, y los crujidos de los leños y los destello de las llamas en el ocre de las bóvedas— los apresurados pasos bajo las arcadas vecinas. Le gustaba entonces recogerse en un rincón mientras la joven hospedera, con sus enaguas rojas y sus lindas mejillas bajo el peinado vaporoso, pasaba y volvía a pasar frente a él. Fausto era joven y hermoso. En un día como aquél, desde la salita alfombrada, entre los ritornelos de las pianolas y los arreglos florales, oí el paso de la multitud y los sombríos rumores del invierno. ¡Ah! ¡Lo recuerdo!: era joven: mi mano nunca quieta se apoyaba para sostener el rostro vacilante, dulce de inquietud y de cansancio. Atribuía en aquel tiempo mi propio enigma a las costureras lisas y flexuosas, consagradas por mi ansiedad de un amor supremo, por la ansiedad de mi adolescencia atormentada y sediente. Todo era misterio para mi fe, y mi vida entera era "un ansia del secreto de las estrellas, era toda un inclinarse hacia el abismo". Mi tormento me hacía más hermoso; era yo inquieto pálido sediento y erraba tras las larvas del misterio. Después huí. Me perdí en el tumulto de las ciudades colosales, vi alzarse catedrales blancas, enormes congerios de sueño y de fe con sus mil puntas en pleno cielo; vi alzarse también los Alpes como catedrales más vastas llenas de las grandes sombras de los abetos, llenas de la melodía de los torrentes, y escuché su canto nacido del infinito de los sueños. Entre abetos vaporosos de niebla, entre mil tintineos y voces del silencio, en la joven luz visible entre los troncos, por senderos de leñadores, yo subía subía hacia los Alpes, delicado misterio sobre fondo blanco: Allá arriba entre las peñas, los lagos: claros espejos de los lagos estáticos de olvido que Leonardo pintaba. Oscuramente, el torrente me contaba la historia. Detenido entre las lanzas imóviles de los abetos, creyendo a veces inventar una nueva melodía, salvaje

y sin embargo triste, contempla las nubes que aprecían desmoronarse un instante sobre el hondo paisaje y espiarlo, curiosas, antes de desvanecerse tras las lanzas inmóviles de los abetos. Y pobre, desnudo, feliz de mi desnudez y de mi pobreza, de reflejar momentáneamente al paisaje como un recuerdo fascinante y terrible en el fondo de mi corazón, seguí subiendo y llegué, llegué al punto en que las nieves de los Alpes me cortaban el camino. Una muchacha lavaba en el torrente, cantando entre las nieves de las montañas blancas. Se volvió, fui bienvenido, me amó aquella noche. Aún perdura sobre el fondo de los Alpes el blanco misterio delicado, se enciende en mi memoria la pureza de la lámpara estrellada, brilla la luz de la noche de amor.

¿Pero qué apresión de los malos sueños pesaba una vez más sobre mi juventud? ¡Oh los besos, los besos vanos de la muchacha que lavaba, lavaba y cantaba en la nieve de los Alpes blanquísimos! (al recordarlo me brotaron lágrimas). Volví a oír el torrente ya lejano: bañaba burbujeante desoladas ciudades antiguas, largas calles silenciosas, desiertas como después de un saqueo. Un calor dorado en la sombra de la estancia presente, una profusa cabellera, un cuerpo que jadea en la noche mística del antiguo animal humano. Dormía la muchacha en el olvido de sus sueños oscuros: como un icono bizantino, como un mito arabesco, blanqueaba al fondo la incierta palidez de la cortina.

Figuraciones de una antiquísima y libre existencia, de grandiosos mitos solares, de matanzas orgiásticas, inundaron mis pensamientos. Volví a ver una antigua imagen, una forma esquelética resucitaba por la fuerza misteriosa de un mito bárbaro; mis ojos, abismo cambiantes animados por linfas oscuras, descubrieron en la tortura de su sueño al cuerpo vulcanizado, con dos manchas de dos agujeros de balas de mosquete en las mamas sin vida. Me pareció escuchar frenéticas guitarras en la cabaña de troncos y lámina, allá entre los baldíos de la ciudad, mientras una vela iluminaba el suelo desnudo. Frente a mí, una fiera matrona me miraba sin pestañear. La luz era escasa sobre el suelo desnudo entre los ásperos rasguidos de guitarra. A mi lado, sobre el tesoro floreciente de una jovencita, prendida a ella como una araña, la vieja parecía ahora susurrarle al oído palabras inaudibles, dulces y envolventes como el viento sin palabras de la Pampa. Me vi asido por la ruda matrona: seguramente la tierra se bebía mi sangre tibia: la luz era ahora más tenue sobre el sueño desnudo, en el hálito metálico de las guitarras. De pronto, liberada, la adolescente exhaló su juventud, lánguida en su gracia huraña, dulce y aguda la mirada abismal. Sobre los hombros de la hermosa salvaje la gracia se hizo lánguida a la sombra de fluidos cabellos, y las augustas crines del árbol de la vida se tramaron en la pausa sobre el suelo desnudo mientras las guitarras invitaban a un sueño lejano. Desde la Pampa, se oyeron claramente los brincos y el piafar de caballos salvajes; claramente se oyó al viento desatarse. El piafar de los caballos se perdió, sordo, en el infinito. En el vano de la puerta, rojas estrellas cálidas brillaron a distancia: la sombra de las salvajes en el sombra.

FRANCISCO HINOJOSA

NIÑO

¡Qué mirada
La criatura asesta de súbito! Ya manda.
Jorge Guillén

Ya me mira:
Tras sus ojos un cristal de sueños lo retira

De este mundo
De cristales ciertos tras los cuales mi desnudo:

Una hora
Es apenas todo el tiempo ajeno y sin memoria

De una vida
Que conoce y siente solamente si respira.

Ya sonríe
Y mi risa lo quiere adivinar: ya decide.